

CUADERNOS ▶ ◀ INTER·C·A·MBIO

SOBRE CENTROAMÉRICA Y EL CARIBE

Universidad de Costa Rica / CIICLA

Tránsitos transformadores: espacio y animalización en dos cuentos salvadoreños

Nicole Masís-Chacón

DOI: <http://doi.org/10.15517/t5s3xz91>
<https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/rintercambio>

¿Cómo citar este artículo?

Masís-Chacón, Nicole. (2024). Tránsitos transformadores: espacio y animalización en dos cuentos salvadoreños. *Cuadernos Inter.c.a.mbio sobre Centroamérica y el Caribe*, 21(2), e251162. <http://doi.org/10.15517/t5s3xz91>

Cuadernos Inter.c.a.mbio sobre Centroamérica y el Caribe
Vol. 21, No. 2, julio-diciembre, 2024



Nota aclaratoria: este PDF no corresponde a la diagramación final del texto, sin embargo, puede ser citado sin problema ya que cuenta con un DOI y paginación electrónica. Al cerrar el número en construcción se reemplazará este PDF por la versión final y se agregarán las otras galeradas (EPUB y HTML).

Artículos científicos (sección arbitrada)

Tránsitos transformadores: espacio y animalización en dos cuentos salvadoreños¹

Transforming Transits: Space and Animalization in Two Salvadoran Stories

Trânsitos transformadores: espaço e animalização em duas histórias salvadorenhas

Nicole Masís-Chacónⁱ

Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica

kimberly.masis@ucr.ac.cr

DOI: <http://doi.org/10.15517/t5s3xz91>

Recepción: 7 de febrero de 2024

Aprobación: 24 de abril de 2025

Resumen

Este artículo analiza los cuentos “Enmascarados” de Claudia Hernández y “Una visa para Jairo” de Mauricio Orellana. El objetivo es plantear las representaciones de Jairo y el niño, respectivamente, así como los espacios en los cuentos, como un recurso estético para evidenciar la deshumanización hacia los personajes migrantes. Los cuentos exponen una animalización que jerarquiza la vida humana sobre la vida animal a partir de lo que Giorgio Agamben (2006) denomina la máquina antropológica moderna. Al mismo tiempo, los espacios en los que se desarrolla esta animalización tienen un carácter público, abierto y transitorio, los cuales evidencian una transformación performática, en términos de Richard Schechner (2012), que al mismo tiempo se puede comprender desde la relación del espacio-tiempo de Doreen Massey (2012). Los resultados del análisis

¹ Este trabajo está basado en las reflexiones del segundo capítulo de mi tesis de Maestría en Literatura Latinoamericana titulada “Análisis de las representaciones de la deshumanización y la exclusión social en nueve cuentos centroamericanos (2004-2017)” (2023).

evidencian estrategias literarias que combinan lo ético y lo estético para evidenciar la deshumanización del tránsito migrante.

Palabras clave: Literatura contemporánea, literatura centroamericana, migración, Centroamérica, espacio.

Abstract

This paper analyzes the stories “Enmascarados” by Claudia Hernández and “Una visa para Jairo” by Mauricio Orellana. The objective is to propose the representations of Jairo and the child, respectively, as well as the spaces in the stories, as an aesthetic resource to evidence the dehumanization of the migrant characters. The stories expose an animalization that hierarchizes human life over animal life based on what Giorgio Agamben (2006) calls the modern anthropological machine. At the same time, the spaces in which this animalization takes place have a public, open, and transitory character, which evidence a performative transformation, in terms of Richard Schechner (2012), which at the same time can be understood from the space-time relationship of Doreen Massey (2012). The results of the analysis show literary strategies that combine the ethical and the aesthetic to evidence the dehumanization of migrant transit.

Keywords: Contemporary literature, Central America literature, migration, Central America, space.

Resumo

Este artigo analisa os contos “Enmascarados” de Claudia Hernández e “Una visa para Jairo” de Mauricio Orellana. O objetivo é considerar as representações de Jairo e da criança, respectivamente, bem como os espaços dos contos, como um recurso estético para evidenciar a desumanização das personagens migrantes. As histórias expõem uma animalização que hierarquiza a vida humana em detrimento da vida animal, com base naquilo a que Giorgio Agamben (2006) chama a máquina antropológica moderna. Ao mesmo tempo, os espaços em que essa animalização ocorre têm um carácter público, aberto e transitório, o que evidencia uma transformação performativa, nos termos de Richard Schechner (2012), que ao mesmo tempo pode ser entendida a partir da relação espaço-tempo de Doreen Massey (2012). Os resultados da análise revelam estratégias literárias que combinam o ético e o estético para evidenciar a desumanização do trânsito migrante.

Palavras-chave: Literatura contemporânea, literatura da América Central, migração, América Central, espaço.

Introducción

La narrativa breve contemporánea de Centroamérica explora y cuestiona las dinámicas sociales desde los elementos estéticos, así como desde los intersticios entre voces y silencios de la construcción literaria. Los flujos migratorios y el cuestionamiento sobre el tránsito de personas no han sido la excepción. Los procesos migratorios han constituido las sociedades centroamericanas, ya lo ha mencionado Carlos Sandoval García (2015) al indicar que los procesos migratorios “son una

dimensión estructural y estructurante de las sociedades centroamericanas, que resultan de procesos de exclusión y al mismo tiempo suplen lo que ni el Estado ni el mercado proveen” (p. 11). Se comprende, entonces, que, en la mayoría de las ocasiones, al menos para el contexto centroamericano, la decisión de migrar suele estar mediada por los factores económicos y sociopolíticos de los países de origen.

Aunque los grandes flujos migratorios centroamericanos se han vinculado a la necesidad de salir debido a la violencia de los conflictos armados, tanto Sandoval García (2015) como Pérez Brignoli (2018), lo mismo que Leyva (2021), sostienen que la firma de los Acuerdos de Paz firmados en El Salvador en 1992 y en Guatemala en 1996, así como la propuesta de establecimiento de las democracias no lograron reducir la migración de personas centroamericanas. El intento por establecer y fortalecer sistemas democráticos apunta a una promesa de estabilidad económica y social incumplida. Según Pérez Brignoli (2018), las migraciones más bien aumentaron, ya que estas propuestas de democratización han legitimado e implementado algunas “políticas neoliberales que han profundizado la exclusión social” (p. 13).

Leyva también aborda esta complejidad al investigar sobre las más recientes caravanas de migrantes centroamericanos con rumbo a Norteamérica. Con respecto a estas, y a partir de los escasos datos recopilados de las personas migrantes, se pueden identificar tres grandes causas: la búsqueda de algún familiar –lo que implica de alguna manera una migración voluntaria–, la exclusión económica y la violencia, como causas que implican una suerte de migración forzada por el entorno. Sobre la violencia que empuja a las personas a migrar, Leyva señala que no debería de comprenderse como algo abstracto, pues se trata de una violencia “con claras líneas ideológico-políticas, con agentes responsables y dirigida contra la población civil. No una violencia sin sujeto, anónima y anárquica sino una en la que es posible reconocer a los perpetradores, a las víctimas” (Leyva, 2021, p. 13). Así, es posible comprender que dicho ejercicio de violencia atraviesa las realidades y los cuerpos de las personas, con agentes que se pueden identificar. Además, esto permite comprender que ciertos discursos y posicionamientos tienen implicaciones materiales en la vida de las personas. Son formas de ejercer y fomentar la violencia, tanto en el país de origen como en el tránsito migratorio.

A partir de este marco, se propone el análisis de dos cuentos salvadoreños que exponen y evidencian, a través de ciertas estrategias estéticas y éticas, los mecanismos de despojo de la condición humana de quienes migran. Específicamente, se analizan las estrategias de animalización utilizadas en los textos: “Enmascarados”, que forma parte del libro *Causas naturales* (2013) de Claudia Hernández y “Una visa para Jairo” de Mauricio Orellana, texto publicado en *Un espejo roto. Antología del nuevo cuento de Centroamérica y República Dominicana* (2014); libro antologado por Sergio Ramírez.

La animalización, como recurso literario, evidencia en los cuentos un proceso de deshumanización hacia quienes transitan, lo que se configura como una estrategia para restringir la

movilidad. Además, ambos textos exploran el recurso de la animalización para asociarlo con posturas discriminantes y xenofóbicas, al tiempo que construyen un espacio físico, mental y metafórico que resulta clave para despojar a las personas de la condición humana.

Tránsito y llegada: espacios de transformación

Tanto el cuento de Hernández como el de Orellana exploran, desde distintos usos del lenguaje, situaciones vinculadas con la movilización. En “Enmascarados”, el espacio es *un pueblo*, que se construye desde el característico estilo directo de la autora, el cual genera una reacción en la persona lectora (Buiza, 2017) y suele estar desvinculado del realismo (Ortiz Wallner, 2013). Así, el lugar del pueblo es poco detallado, lo que permite crear un escenario arquetípico, cuya representación pueda tener un eco significativo. Este pueblo del cuento, caracterizado por la voz narrativa de un habitante que recuerda un hecho de su niñez, en primera instancia, es acogedor. Además, es el lugar de paso de una efusiva tradición, el paso de una alegre caravana:

Pasaban por aquí todos los años. Desde siempre. Entraban bailoteando con el sol al son de una música que solo ellos oían y avanzaban con ella hasta llegar a la plaza. Allí, invitaban a un solo niño del pueblo a unirse a su fiesta (Hernández, 2013, p. 71).

Así pues, se trata de una suerte de ritual festivo, ansiado y aceptado en su condición de pasajero en tanto es transitorio. Lo momentáneo era también la razón por la que los infantes del pueblo ansiaban ser el escogido, pues era un festín temporal.

Posteriormente, el suceso determinante de esta narración ocurre con una confusión. Debido a que las personas de las caravanas viajan con máscaras que no permiten reconocer la identidad, el niño seleccionado es confundido por otro perteneciente al grupo que visita al pueblo. La máscara, cuya etimología del árabe remite a la risa e implica usos cómicos y rituales, es utilizada por la caravana como un mecanismo no solo de ocultamiento, sino que al mismo tiempo matiza el tránsito y convierte a este grupo en unos *otros* agradables, festivos, pasajeros e irreconocibles. En efecto, la confusión se genera porque los niños intercambian máscaras, aspecto que revela el niño visitante al conversar con los niños del pueblo:

De nuestro amigo no recordaba mayor cosa. Había intercambiado máscaras con él en un momento de risa y luego no lo vio más. Trató de avisar a los suyos que el niño que debían dejar a la entrada del pueblo era el otro, pero la máscara del invitado para los invitados no tenía orificio para dejar salir la voz. Así, el niño que podía comunicarse con los suyos, con la caravana, no pudo alertar la confusión (Hernández, 2013, p. 73).

De esta manera, se percibe que la comunicación con las personas de la caravana es imposibilitada, solo se pueden comunicar con los suyos, en tanto comparten el tránsito, la lengua y el permiso de la voz. No es necesario comunicarse con el invitado, pues el paso de la caravana no contempla la interacción.

En el momento en el que se percatan de la confusión, el niño, al ser intercambiado de manera involuntaria, pasa de la visita festiva a convertirse en un ser impostor en el momento en el que se quita la máscara. El cuento expone a los padres del niño perdido como los primeros gestores del rechazo, sin embargo, estos personajes enmarcan de una u otra manera el sentir del pueblo, pues todo sucede a vista de los demás: “se rehusaron a prestarle la cama de su hijo o sus juguetes. Lo ataron a un árbol del jardín, donde él lloraba todo el tiempo, todos los días” (Hernández, 2013, p. 73). Se establece una deshumanización al atar al niño a un árbol; esto produce la distinción entre el hijo (digno de cama, hogar y cariño en el espacio interior de la casa) y el niño extraño, (indigno de atención, designado al espacio exterior y al desprecio). Los padres, en primera instancia, y luego el pueblo, le otorgan un lugar distinto: la intemperie (Masís-Chacón, 2022). Esto está marcado, de manera explícita, por la distinción entre el espacio interior –familiar– y el espacio exterior –ajeno y segregativo–. Es por esta demarcación por la que inicia el proceso de deshumanización que se ampliará más adelante.

Por su parte, en el cuento de Mauricio Orellana, el íncipit del cuento sitúa la narración en una embajada estadounidense (Masís-Chacón, 2022), un lugar que, así como Jairo, el personaje principal, tienen una apariencia común, pero que serán sometidos a cambios: “Todavía su cuerpo era un bulto bastante normal temprano en la mañana, cuando empezó a hacer fila de horas frente a la embajada de los Estados Unidos para intentar sacar la visa junto con los demás citados del día” (Orellana, 2014, p. 59). El cuento inicia, de alguna manera, presentándonos a Jairo. La voz narrativa, en un juego de conocimiento, nos adelanta la transformación desde el inicio al mencionar el cuerpo del personaje. Por medio de este mismo recurso, nos hará partícipes de la animalización.

La embajada parece un espacio sin alguna particularidad, pues, justamente, el espacio no solo transforma a Jairo, sino que se transforma con él. El cambio inicia al momento de iniciar la jornada, con el proceso mismo de solicitar permiso para transitar. Así, conforme se mueve la fila, el personaje se siente protuberancias en la frente. En ese momento, se abren las compuertas (así lo denomina la voz narrativa) de la embajada:

Y de la mismísima nada de donde dicen que todo procede, a las siete y media de la nada Jairo comenzó a sentirse las protuberancias en la frente de la nada. “¿Diay?”, pensó; y abrieron las compuertas para otra espera de media hora tras la cual lo dejaron ingresar al territorio del fin de la nada (Orellana, 2014, p. 61).

Al iniciar la jornada en la embajada, se inicia la transformación en la que tanto el lugar como los sujetos allí dentro serán trasmutados. Es importante recordar que la embajada es un sitio que representa a un determinado Estado-nación, por lo que este implica y reproduce las posturas y regulaciones de dicho país. Jossa (2019), al analizar este mismo cuento de Orellana, propone el espacio de la embajada como un espacio detenido, que impide el movimiento y que genera una tensión tanto entre el desplazamiento y la inmovilidad como con la construcción de las identidades, en este caso, la de Jairo. Así, en el cuento, la embajada se establece como un lugar de legislación y vigilancia estadounidense, en el que se percibe a los solicitantes de visa desde ciertos sesgos y estereotipos. Esto, como lo he señalado anteriormente (Masís-Chacón, 2022), plantea posturas explícitas que provienen de los custodios. Lo anterior, se expresa cuando Jairo atraviesa el detector de metales: “lo que hacía sonar a la endiablada máquina era la hebiilla cromada del ciiincho, el cual terminó depositando junto con las otras prendas en la canastilla de presuntos objetos sonadores cruzando frontera de mojados-vequijos-de-la-gran...” (p. 61). Este espacio de vigilancia se convierte en un sitio de orden y regulación del ganado. Al avanzar, la narración y la fila en la que se encuentra Jairo, quienes leemos comprendemos que la situación que suponemos solo le pasa a Jairo, en realidad, les sucede a las personas que ese día son solicitantes de visa.

Además, el uso de palabras asociadas semánticamente a la ganadería, a los animales de corral y a la vigilancia inician un proceso de resignificación en el que quienes leemos debemos de participar de manera activa. La forma de enunciar no solo configura la transformación, sino que al leer activamos este proceso que cada vez resulta más evidente, no solo para nosotros, sino también para Jairo, pues ahora asegura que camina en cuatro patas, luego de recibir un golpe con una vara por parte del vigilante. Esto nos indica que todo a su alrededor se transforma:

Jairo, como los demás, camina ahora abiertamente en cuatro patas con toda la desfachatez de un mundo en guerra; entra tras recibir sin quejas su respectivo varazo que ¡ay! rompió la vara, “¡Este imbécil!” ¿Lo habrán captado las cámaras? Y él entre que no y qué famoso debo ser ya entre los del staff de vigilancia. Otro custodio los espera para ir ordenando la entrada a los toriles interiores” (Orellana, 2014, pp. 62-63).

En este momento, las salas de la embajada son corrales en los que se acomoda el ganado; es decir, a los solicitantes de visa. Si bien “la focalización de la voz narrativa en Jairo no solo implica un juego de la verosimilitud para crear empatía y con ello presentar al personaje como un elemento representativo (Masís-Chacón, 2022, p. 149), dicha representación implica una lectura sobre las personas que desean el permiso para poder movilizarse; no hay que olvidar que las visas no son otra cosa que una operación de regulación de la movilidad bajo las condiciones del país de llegada.

La manera en la que se transforman el espacio, Jairo y los demás personajes solicitantes encierra una alegoría de este proceso de solicitud y de la primera restricción de movilidad documentada.

Los espacios en los dos cuentos configuran una suerte de escenarios por su carácter público y por la manera en cómo el proceso de transformación se convierte en hecho performativo, en tanto la enunciación, como el rol asignado, se configura a través de las acciones. Las animalizaciones de los personajes se hacen efectivas a través de la lectura. Este juego del lenguaje en el que la participación del lector es fundamental, parte de una representación, es decir, el *to perform*, entendido desde la perspectiva de Richard Schechner, quien plantea que los textos literarios pueden ser interpretados *como una representación*. Así, se comprende que estos son capaces de reproducir de manera artística, por medio del lenguaje, una perspectiva de la realidad asociada a prácticas cotidianas que dan forma a las relaciones sociales, particularmente, en el caso que se analiza en las dinámicas migratorias. Tal como ha anotado Schechner (2012), “las representaciones marcan identidades, inflexión en el tiempo, remodelan, adornan y adornan el cuerpo y cuentan historias” (p. 59). De esta manera, es posible cuestionar estas inflexiones y configuraciones de la identidad de los personajes que migran, al mismo tiempo que esta perspectiva ofrece las funciones de la representación como “crear o promover el sentido de comunidad; alcanzar, persuadir, convencer” (Schechner, 2012, p. 85). Los cuentos crean las identidades deshumanizadas de los personajes que migran por medio de la animalización para representar y cuestionar las formas de discriminación y exclusión que se fomentan en nuestras sociedades.

En el caso del cuento de Orellana, el elemento que hace más explícita la construcción de la animalización como recurso para despojar la cualidad de lo humano es la interacción de los guardias con Jairo. Estos guardias pasan de la vigilancia al arreo, mientras que la embajada se transforma de un sitio de carácter diplomático a un corral, por medio de la lectura y por medio de la animalización del personaje principal. De alguna forma, el personaje principal se somete a esa animalización, pues es solicitante de una visa, de forma voluntaria o coaccionado por la necesidad de movilidad. Por esto, la embajada se comprende, en términos de Michel Foucault, como una heterotopía, pues se trata de la construcción ficcional de un espacio institucional regido bajo legislaciones específicas, que permite una transformación y “tiene una función concreta y determinada dentro de una sociedad dada ... según la sincronía del medio cultural” (Foucault, 1997, p. 87). Así, mientras la embajada cambia, gesta también la transformación de Jairo, según la reproducción y representación del país.

Al mismo tiempo, los espacios de los cuentos –la embajada y el pueblo– pueden explicarse con la conceptualización de espacio-tiempo de la geógrafa británica Doreen Massey, ya que la autora afirma que, en los procesos de movilidad de algunos individuos o grupos sociales en un determinado lugar, algunas personas tienen más capacidad de movimiento que otras. Esta movilidad incluye tanto

el desplazamiento de un sitio a otro como la posibilidad de movimiento de las relaciones y las acciones en un espacio determinado. Por lo tanto, la construcción narrativa de los sitios en los que se lleva a cabo la animalización es vital, en tanto los personajes se encuentran con una posibilidad de movimiento limitada a partir del espacio y las acciones (Masís-Chacón, 2022). Estos espacios remiten a lugares reconocibles extraliterariamente, una embajada o un pueblo, y, al mismo tiempo, abordan una serie de experiencias asociadas al tránsito: el trámite de visado y el lugar de paso. En vínculos recíprocos y circulares, los espacios configuran las tensiones sociales, así como las condiciones de migración configuran los espacios. Se trata de una dialógica que aborda la complejidad del tránsito migratorio por medio del lenguaje.

Estas relaciones construidas en el espacio también evidencian las imposibilidades de movilización: tanto los custodios –en el cuento de Orellana– como el pueblo –en el cuento de Hernández– utilizan estrategias para reducir la movilidad. Los primeros, por medio de cinchos e indicaciones de guía y pastoreo; los segundos, al atarle al árbol. Tal como menciona Massey (2012): “la movilidad y el control de la movilidad reflejan y refuerzan el poder ... Se trata de que la movilidad y el control de algunos grupos pueden debilitar activamente la de otra gente” (p. 119). Es este ejercicio de inmovilización y coacción lo que permite que se gestione una transformación animal para despojar de la humanidad.

La animalización como despojo de la condición humana

Los dos cuentos salvadoreños analizados utilizan la animalización como parte de una estrategia que diferencia la vida humana de la animal, lo cual plantea una visión crítica sobre el sesgo hacia los otros. Esta perspectiva se diferencia de otras corrientes de estudios sobre lo animal en la literatura. Por ello, es importante destacar que aquí se explora la construcción de estos personajes como otros animales para poder discriminarlos. Esto no excluye que las posibilidades de relación entre lo humano y lo animal sean dinámicas y productivas; en el caso de este artículo, dicha relación se explora por medio de la experiencia de los personajes principales: estos son el centro del nudo narrativo, al mismo tiempo que permiten activar la interacción con quien lee. De esta forma, la animalización se configura como un actor biopolítico. Según Giorgio Agamben (2006), el ser humano necesita reconocerse como tal para serlo, es decir, es el autorreconocimiento lo que lo diferencia de *otros* animales. Para construir su argumento, Agamben define la máquina antropológica moderna como el ejercicio que produce la distinción entre ser humano/animal y humano/no-humano. El funcionamiento de esta máquina se basa en la exclusión e inclusión de lo que se considere como tal. El ser humano, entonces, está presupuesto

y esta misma máquina genera la distinción por medio de los opuestos: se animaliza lo humano, o bien, se aísla lo humano para generar lo animal: lo no-humano.

En los cuentos podemos encontrar una forma de funcionamiento de este sistema de exclusión. En “Enmascarados”, el inicio de deshumanización se gesta en el momento en el que atan al niño al árbol (Hernández, 2013, p. 73) y lo restringen al espacio externo, lo cual le priva de la posibilidad de moverse y de interactuar con otras personas, es decir, le resta la posibilidad de socializar e integrarse a la comunidad. El rechazo generado por los padres establece una distinción entre las formas de vida. En el instante en el que el niño no es reconocido como un ser humano pierde el vínculo con la conformación de la sociedad, para ser únicamente una vida vegetal, un hecho biológico. En tanto avanza el cuento, la distinción entre lo animal y lo humano es evidente:

Para que dejara de hacerlo [llorar] al menos un rato, los mayores nos enviaban a jugar con él. Lo habrían hecho ellos, pero el chico no se los permitía. Los atacaba siempre. Todo indicaba que podía morderlos. Así que, un día tras otro, nos enviaron a jugar a la pelota y a acariciar su lomo hasta que llegó el día en que habló como nosotros (Hernández, 2013, p. 73).

Para el momento descrito anteriormente, el reconocimiento animal es completo, pues se expresa que podría atacar y morder, como un perro, que al mismo tiempo puede ser domesticado y jugar con una pelota. Además, se refieren a la espalda del niño como un lomo, lo que completa el proceso de animalización, la cual resulta corpórea, no solo por la relación semántica con lo animal, sino por la pose en la que se encuentra: estar amarrado a un árbol con posición de ataque no es una postura natural para un ser humano. De esta forma, “el cuerpo del niño es transformado desde la enunciación de quien lo ve como otro para completar la máquina antropológica” (Masís-Chacón, 2022, p. 175); por lo que al niño lo que le resta es adoptar el comportamiento asignado para poder sobrevivir. Quienes realizan el reconocimiento por medio de la diferenciación con el niño atado son los niños del pueblo, quienes juegan con él, y nosotros ante la naturalidad de la narración. Es posible reconocer la distinción porque la voz narrativa es parte de este grupo y narra desde el recuerdo, por medio de una focalización interna, pues todo indica que el niño atado era de su misma edad cuando sucede la confusión. Esta focalización es lo que permite comprender el proceso de rechazo y animalización del niño de la caravana a partir del característico estilo de Hernández.

Seguidamente, el cuento toma otro rumbo en el momento en que la caravana vuelve a transitar por el pueblo. Mientras los padres y la comunidad entera esperan poder hacer el intercambio, la caravana explica que el niño que se llevaron había muerto, pues no resistió la dinámica de nómada. Es

por esto, que, a modo de saldar una deuda, la caravana decide dejar a su niño de nuevo, pero ni siquiera el hecho de su estadía permanente cambió sus condiciones:

Así que no tuvo más opción que quedarse a esperar, como nosotros, a que los suyos regresaran. En el jardín. Atado al árbol. Aunque, a veces si nosotros prometíamos hacernos responsables los padres del otro niño nos permitían soltarlo un rato (Hernández, 2013, p. 74).

De esta manera, el niño, deshumanizado por el pueblo y abandonado por la caravana, se convierte, cada vez más, en una suerte de mascota, pues la comunidad del lugar no logra integrarlo. El niño es transformado en perro, pero no es ni siquiera un animal de compañía, es un intruso, otro, de forma permanente, de manera que parece estar expiando una culpa por transitar. Sin embargo, el camino de la migración que realizaba el niño como parte de la caravana era un camino transitorio, que no implicaba el establecimiento en un lugar de llegada. Esto parece indicar que tampoco se traducía en discriminación y rechazo. Por lo que, de alguna forma, el pueblo parece evidenciar una postura en la que se considera al otro como un extraño, una incomodidad o un ser inaceptable en tanto deba de instalarse como parte de esa comunidad. Así, para completar el proceso de discriminación, la única forma de reconocer su presencia es la animalización, pues es lo que permite normalizar su permanencia atado al tronco de un árbol sin que ello represente alguna contradicción o conflicto para el pueblo, “la oposición entre los niños que juegan y el niño-perro que puede ser soltado demuestra, claramente, la operación de la dicotomía humano-animal/vida social-vida vegetativa” (Masís-Chacón, 2022, p. 158). En ese espacio no existen mecanismos vinculados a los derechos que puedan reconocer su humanidad, la cual ni siquiera era cuestionada mientras se encontraba de paso.

Otra diferencia entre la vida humana y la vida animal se construye en el cuento siguiendo la lógica del tránsito. En el texto, se le da especial énfasis al carácter nómada de los enmascarados, lo que de alguna manera remite a la imposibilidad de establecerse, de ser bienvenido. Esta distinción entre estas formas de vida, que teje más profundamente las tensiones entre la vida digna, se propone con la muerte del niño confundido, el niño del pueblo, tal como relata la voz narrativa sobre su coterráneo “su cuerpo, que considerábamos muy fuerte, no había resistido el rigor de sus caminatas” (Hernández, 2013, p. 75). Esta es la razón, también, por la que la caravana nómada deja a su niño en el pueblo y evita volver a pasar por ese lugar:

Desde entonces, los enmascarados no pasan por acá año con año. Esperan, como nosotros, a que el cuerpo de su hijo, que sigue atado al árbol, ceda para regresar. Es claro que no soportan ver a uno de los suyos viviendo una vida fija como las nuestras. Es claro también que él no resistiría verlos marchar vez tras vez (Hernández, 2013, p. 75).

Esta diferenciación tiene una consecuencia directa en la animalización del niño: además de ser despojado de su vida nómada es obligado a una vida no solo sedentaria, sino atada y domesticada, como si se tratara de un castigo. Ese es, precisamente, el sitio que el lugar de llegada, el pueblo, considera que le corresponde y le impone: el de un extraño, un animal.

La animalización se completa por medio de la distinción del lugar (físico y social) que le otorgan al niño *otro*. El exterior, como el espacio, ya incluso cuestionado para un perro doméstico, sugiere que la transformación no es virtual, sino que es material para el personaje. Es decir, va más allá de la construcción del lenguaje metafórico para ahondar en la corporalidad de ese niño (personaje) que es aislado –enunciado como una mascota– con el que los personajes humanos, los niños del pueblo, entre quienes se encuentra la voz narrativa, se divierten, siempre desde una posición de diferencia: nosotros, quienes pedimos permiso a los adultos para *soltar al niño*. “El niño-perro no tiene cabida en la vida privada del hogar. El espacio abierto implica desamparo, además de la exhibición pública de la deshumanización, de por sí aceptada por todo el pueblo” (Masís-Chacón, 2022, p. 159).

Por último, tanto el hecho de mantener al niño-perro como una suerte de mascota –en el exterior– como la decisión de su familia nómada de no volver por él, es la configuración biopolítica de dejar morir. Esto, además, se comprende a partir de la imposibilidad de tener un lugar digno dentro de la dinámica social. Lo anterior se apoya en la postura de Araya Jiménez y Villena Fiengo (2006), quienes explican cómo los grupos sociales, para cohesionarse e identificarse, se centran en la “construcción de un ‘nosotros’ y de exclusión de los ‘otros’, de reunión de los que se consideran legítimos miembros y de marginación de quienes, por no estar de acuerdo con la definición del ‘nosotros’ les es negada la pertenencia” (p. 8). Así, los dos grupos, –el pueblo y la caravana– ponen a operar la maquinaria biopolítica sobre la animalidad consumada del niño-perro.

En el caso de Jairo, la animalización avanza al mismo tiempo que su proceso de solicitud y sucede ante su propia confusión. Sin embargo, es la misma voz de Jairo la que nos da pistas de su transformación en toro: “¡Carajo, qué dolor de lomo!”, piensa” (Orellana, 2014, p. 61). Pese a que no comprende lo que sucede, Jairo se autodenomina como un animal. Su transformación se produce con el autorreconocimiento de que está dejando de ser humano.

Jairo se transforma en animal por medio de la experiencia sensorial expresada en su cuerpo y esto afecta su interpretación del espacio y de la situación. Esto se produce por oposición entre un espacio y un cuerpo humano, y un espacio y un cuerpo animal; siempre mediado por la confusión de Jairo y de los lectores ante una oposición que no se percibía al inicio de la narración (Masís-Chacón, 2022). Un elemento determinante en la narración y en la transformación es que Jairo es candidato para optar por una visa, es en medio de y debido a ese trámite que su autorreconocimiento se ve alterado:

Jairo vuelve a ver hacia abajo y lo que encuentra ahí abajo es heno y estiércol, como se oye y se huele. Pronto entra en pánico, y lleno ya de terror, se percata, incrédulo, de que sus manos están apoyadas en el suelo, y no solo eso, sino que se han convertido en cascos duros como de bovino. “¿Vaca, toro...? ¡Los nervios!”, se repite (Orellana, 2014, p. 62).

En términos de Agamben, no es el personaje quien realiza el reconocimiento de la máquina antropológica. Es más bien el proceso de lectura lo que permite interpretar que la operación de esta máquina sucede en tanto se está en la embajada para solicitar la visa. Es así como se comprende que quienes activan el reconocimiento de la máquina antropológica somos quienes leemos, pues reconocemos a Jairo con atributos animales y reconocemos cómo el personaje pierde paulatinamente el raciocinio. De esta manera, nos distanciamos de él, reconociéndonos humanos, para poder catalogarlo de forma progresiva como un toro. De esta manera, se comprende que el sometimiento es voluntario y al mismo tiempo mandatorio: Jairo debe aceptarse como un toro en tanto el proceso de solicitud de la visa se lo requiere y reconoce en esa transformación la única posibilidad de obtenerla. Jossa (2019) analiza también esta transformación y el nulo deseo de Jairo de trasgredir el sistema, más bien, apunta la autora, refuerza su sometimiento al proceso y a la transformación en este espacio “detenido” con el fin de conseguir la visa. En este análisis se coincide con Jossa, en tanto la autora menciona la transformación como una pérdida de la dignidad a la que Jairo se somete voluntariamente. A esta premisa, el análisis aquí expuesto amplía que, si bien es voluntario, también es una acción coaccionada: no hay otra manera legítima de conseguir la movilidad. Es por esto, que, el autorreconocimiento como animal que tiene el personaje le toma por sorpresa y de alguna manera le genera angustia la pérdida paulatina de autonomía y con ello de humanidad.

La relación directa entre la irracionalidad como una cualidad animal, que además completa la transformación, remite, a su vez, “a la utilidad de los animales en función de su fuerza, como animales de trabajo. La necesidad de migrar supone la aceptación de sacrificar las cualidades humanas” (Masís-Chacón, 2022, p. 156). Sumado al factor determinante del espacio, que se mencionó en el apartado anterior, la embajada también cambia para ser una parte fundamental de la animalización. Esta transformación del lugar propone que este espacio heterotópico, representa la perspectiva que se tiene de las personas que solicitan permiso para movilizarse o que migran desde ciertas partes del mundo, como, por ejemplo: Centroamérica, pues la deshumanización que comprende a los migrantes semejantes a animales de trabajo se propone desde la embajada (Masís-Chacón, 2022). Esta visión se hace evidente no solo por la transformación, sino por el tipo de trámite: la autorización del paso, es decir, la capacidad de ser digno de entrar a desarrollarse en otro país.

La animalización culmina con un breve momento de comprensión por parte Jairo, en el que recuerda para qué estaba en ese sitio. Sin embargo, la breve lucidez es seguida de una mayor confusión y, en lugar de devolverle su cualidad humana, permite la transformación de Jairo en un animal:

Espabila, camina y llega, temblando. Hablan, alguien habla frente a Jairo. ¿Pide qué?: papeles. Hace gestos, preguntas. Jairo intenta concentrarse, trata de entenderlas, responderlas. ¿Qué dice el hombre? ¿Parientes? ¿Parientes en Estados Uqué? ¡Al fin ha entendido todo lo que dice!: el hombre pregunta si tiene parientes cercanos que residan en Estados Unidos de América, si trae libretas, cuentas ... Cuando Jairo quiere contestar que sí señor, a la primera, que su madre, su padre, su hermano, su tía, su novia, el país entero residen allá o están en las colas de afuera solo un sonido sale de su boca” (Orellana, 2014, p. 63).

El texto culmina justo después del momento descrito anteriormente cuando Jairo, el toro, es castrado por un guardia en un momento de vulnerabilidad que además marca el fin del trámite de la visa. Para este instante, además de que Jairo únicamente esbozó un sonido, casi pareciera onomatopéyico, la voz narrativa nombra a Jairo en términos animales, pues narra que el guardia le abre las patas traseras, le soba la panza y el lomo (Orellana, 2014, p. 63). Es decir, en palabras de Agamben, el artificio de la máquina antropológica moderna se completa: Jairo no solo se siente y se auto percibe como animal, sino que el narrador lo enuncia como tal y el guarda-humano operativiza la relación en la que el humano doma al animal de trabajo. Mientras, quienes leemos activamos su transformación como se activa la máquina discriminatoria cada vez que se clasifica quien tiene derecho a movilizarse y quien no.

En ambos textos existe una animalización que da cuenta del proceso de discriminación que se gesta en los tránsitos migratorios. Estos procesos, explicados desde el autorreconocimiento –como ser humano– de quien ve a los *otros* como animales es, sin duda, un proceso que facilita la exclusión, pues al no ser semejantes, no son dignos. Este proceso de transformación animal implica, además, una decisión de dejar morir. En el caso del cuento “Enmascarados” se puede inferir, mientras que en el cuento “Una visa para Jairo” se gesta de forma metafórica por medio de la castración, es decir, por medio del ejercicio del poder de decisión que tiene el guarda. En ambos casos, se exponen las consecuencias materiales y desgarradoras del aparato xenofóbico. Por medio de la ficción se comprende cómo esas consecuencias tienen injerencia, no solo en el lugar de llegada, como se ha estudiado ampliamente en otros textos², sino que operan desde la (im)posibilidad de movilidad o el

² Varios estudios han abordado la narrativa de Hernández en función, ya sea de la experiencia de la migración, o bien, desde la relación con lo animal, principalmente en sus textos *Mediodía de fronteras* (2022), *De fronteras* (2007) y *Olvida uno* (2005). Para ampliar sobre esta línea crítica que analiza la construcción de lo fantástico y lo animal en relación con la experiencia migratoria véase: Craft, 2013; Jossa, 2014; Esch, 2017; Sánchez Aramburu, 2023.

mismo tránsito, tal como se encuentran los dos personajes analizados. Mientras que el niño-perro no lo escoge, y tanto su tránsito como su permanencia son aspectos involuntarios, Jairo decide someterse al proceso de validación de su tránsito. Sus procesos coinciden en que los personajes se encuentran en un entorno que determina el sitio que les corresponde, el cual no es el de un ser humano, sino el de un animal doméstico o de trabajo, respectivamente.

De esta forma, la deshumanización por medio de la transformación animal del niño y de Jairo expone las formas en cómo los demás personajes, quienes son observadores del tránsito o de la necesidad de este, perciben a quienes consideran otros. Tal como lo ha mencionado Judith Salgado (2003), las personas refugiadas o migrantes en condición irregular, en los países de llegada, suelen experimentar rechazo y son percibidas como intrusas y se convierten en chivos expiatorios de las problemáticas que vive el país en el que se establecen. Según la autora, “la estigmatización de los extranjeros constituye ya una manifestación de xenofobia entendida como el rechazo, la hostilidad y el odio extranjero. En sus manifestaciones más graves puede llegar a violaciones al derecho a la libertad, seguridad, integridad y la vida” (Salgado, 2003, p. 5). Esta idea es representada en los textos analizados por medio de los espacios y la construcción de las visiones de los personajes que intervienen en el camino. La manifestación más extrema de esta hostilidad y rechazo se propone, literariamente, como una animalización que reduce las posibilidades de acceder a la movilidad y, según Salgado, reduce también la libertad, la integridad y la vida, pues los finales de ambos textos implican una forma de dejar a su suerte, de dejar morir.

Conclusiones

Los dos cuentos analizados exploran contextos sobre los procesos de tránsito y migración sin contar con un referente geográfico extraliterario. A partir de la construcción de espacios específicos y de la estrategia de la animalización, los textos de Hernández y Orellana representan y cuestionan los posicionamientos de quienes permiten o interactúan con el tránsito de los demás. La construcción de espacios fácilmente reconocibles –tal es el caso del pueblo– o espacios heterotópicos, por ejemplo, el caso de la embajada; así como la representación de las relaciones que de manera usual se tejen en estos sitios, plantea una crítica a la ejecución del poder y las tensiones sobre el tránsito. El característico estilo directo de Hernández, así como un lenguaje que raya en lo absurdo y en la incomprensión, en el caso del texto de Orellana, permiten ahondar desde diferentes perspectivas en un cuestionamiento ético acerca de la construcción de los espacios y cómo esa construcción relacional tiene una implicación explícita en la corporalidad y la movilidad de los *otros*.

Además, la estrategia narrativa de la animalización expone una retórica que tiene como objetivo la deshumanización. Esta estrategia ha sido ampliamente utilizada en posturas discriminatorias, desde el siglo XX hasta nuestros días, para justificar crímenes de odio, despojos, torturas, ejecución de comunidades enteras e incluso genocidios. En el caso de los cuentos, se trata de un despojo de todas las cualidades humanas de quienes desean ser autorizados para migrar, como Jairo, o quienes se ven obligados a establecerse en un sitio pese a la exclusión, como el niño. En ambos casos la animalización es la forma de naturalizar las formas de violencia, exclusión y discriminación a la que son sometidas las personas en estas circunstancias. Al despojar de su humanidad a quienes transitan, se reducen las posibilidades de una postura en favor de las personas discriminadas; más bien, se produce un discurso que parece sostener con pasividad la deshumanización a ciertos sujetos.

Estas estrategias generan la reproducción de una matriz discriminatoria colonialista en la que el binomio civilización/barbarie vuelve a tener acción operativa. Con la deshumanización de quienes desean movilizarse, en el caso de los cuentos, se justifican formas de dejar morir o matar abiertamente a quienes transitan. La reflexión de estos cuentos, en el marco de las migraciones centroamericanas, amplía una postura ética y estética sobre los posicionamientos y políticas que ven en la migración un problema individual de quienes deben o desean movilizarse. Sin embargo, el asunto sobre los posicionamientos y la injerencia de estos sobre los cuerpos de quienes se movilizan resultan mucho más complejas. En el ejercicio de poder ejecutado desde el lugar de quienes autorizan, observan o rechazan a las personas que transitan, se reproducen ideas y prácticas deshumanizantes sostenidas en ideas de exclusión y racismo, las cuales naturalizan y expanden formas de discriminación, desde las más veladas hasta las más explícitas.

Referencias

- Agamben, Giorgio. (2006). *Lo abierto. El hombre y el animal* (Flavia Costa y Edgardo Castro, Trads.). Adriana Hidalgo Editora.
- Araya Jiménez, María del Carmen y Villena Fiengo, Sergio. (2006). “Discriminación y exclusión social”. En María del Carmen Araya Jiménez, *Hacia una pedagogía del encuentro cultural: discriminación y racismo* (pp.16-33). Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Buiza, Nanci. (2017). Trastornando la jerarquía humano-animal: La alienación de la sociedad en la obra de Claudia Hernández. *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, (34), 1-14.
http://istmo.denison.edu/n34/articulos/07_buiza_nanci_form.pdf

- Craft, Linda J. (2013). Viajes fantásticos: Cuentos de [in]migración e imaginación de Claudia Hernández. *Revista Iberoamericana*, LXXIX(242), 181-194. <https://doi.org/10.5195/reviberoamer.2013.7025>
- Esch, Sophie. (2017). In the Company of Animals: Otherness, Empathy, and Community in De fronteras by Claudia Hernández. *Revista de Estudios Hispánicos*, 51(3), 571-593. <https://doi.org/10.1353/rvs.2017.0057>
- Foucault, Michel. (1997). Los espacios otros. *Astrágalo*, (7), 83-91. <https://doi.org/10.12795/astragalo.1997.i07.08>
- Jossa, Emanuela. (2014). Cuerpos y espacios en los cuentos de Claudia Hernández. Decepción y resistencia. *Centroamericana*, 24(1), 5-37. <https://www.centroamericana.it/wp-content/uploads/2015/06/Centroamericana-24.1.pdf>
- Jossa, Emanuela. (2019). Espacios fluidos/detenidos. Movimiento y detención en cuatro cuentos centroamericanos. *Centroamericana*, 29(1), 127-148. https://www.centroamericana.it/wp-content/uploads/2019/12/Centroamericana29.1_ESPACIOS-FLUIDOS-DETENIDOS.pdf
- Hernández, Claudia. (2013). Enmascarados. En *Causas Naturales* (pp. 71-75). Santillana.
- Leyva, Héctor. (2021). *Las caravanas centroamericanas: Guerras inciviles, migración y crisis del estatuto de refugiado*. Centro de Investigaciones Históricas de América Central.
- Masís-Chacón, Nicole. (2022). *Análisis de las representaciones de la deshumanización y la exclusión social en nueve cuentos centroamericanos (2004 - 2017)* [Tesis para optar el grado de Máster en Literatura Centroamericana, Universidad de Costa Rica]. Repositorio Kérwá. <https://hdl.handle.net/10669/88173>
- Massey, Doreen. (2012). *Doreen Massey. Un sentido global del lugar* (Abel Albet y Núria Benach, Trads.). Icaria Editorial.
- Orellana, Mauricio. (2014). Una visa para Jairo. En Sergio Ramírez (Ed.), *Un espejo roto. Antología del nuevo cuento de Centroamérica y República Dominicana* (pp. 59-67). Grupo de Editoriales Independientes de Centroamérica.
- Ortiz Wallner, Alexandra. (2013). Claudia Hernández – Por una poética de la prosa en tiempos violentos. *LEJANA. Revista de Crítica de Narrativa Breve*, (6), 1-10. <https://doi.org/10.24029/lejana.2013.6.65>
- Pérez Brignoli, Héctor. (2018). *Breve historia de Centroamérica* (3ª ed.). Alianza Editorial.
- Sánchez Aramburu, Patricia. (2023). La migración desde la literatura fantástica centroamericana reciente: Un acercamiento intertextual a Claudia Hernández. *LEJANA. Revista Crítica De Narrativa Breve*, (16), 47-61. <https://doi.org/10.24029/lejana.2023.16.4766>

- Salgado, Judith. (2003). Discriminación, racismo y xenofobia. *Revista Aportes Andinos*, (7), 1–8.
<http://hdl.handle.net/10644/626>
- Sandoval García, Carlos. (2015). *No más muros. Exclusión y migración forzada en Centroamérica*.
Editorial Universidad de Costa Rica.
- Schechner, Richard. (2012). *Estudios de la representación. Una introducción*. Fondo de Cultura Económica.

ⁱ **Nota de autora**

Costarricense. Máster en Literatura Latinoamericana por la Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica. Docente e investigadora en la Escuela de Estudios Generales de la Universidad de Costa Rica, San José, Costa Rica. Correo electrónico: kimberly.masis@ucr.ac.cr ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6989-7878>